

Max Aub y México

Francisco Caudet

Universidad Autónoma de Madrid

Cuando en la primavera de 1939 estaba el SERE organizando en Francia las primeras grandes expediciones de refugiados a México,¹ Max Aub mostró reticencias a abandonar Europa. En sus *Diarios* dejó escrito: “¿Irse a América? ¿Para qué? Uno es de Europa, ¿qué se nos ha perdido allí?”² Como pago por haberse quedado entonces en aquella Europa,³ sufrió durante más de dos años un calvario de detenciones, cárceles y campos de concentración que no terminaron hasta que, en octubre de 1942, y gracias a los buenos oficios del diplomático mexicano Gilberto Bosques (a quien años más tarde le dedicaría el libro *Ensayos mexicanos*), consiguió abandonar el infierno de Djelfa y fijar su residencia en México, donde murió, tras una breve estancia en Europa, en 1972. Tuñón de Lara, en el

¹ Cfr. Francisco Caudet, “Diarios del *Sinaia, Ipanema y Mexique*”, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)* (Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992), pp. 35-114

² Max Aub, *Diarios (1939-1972)* (ed. de Manuel Aznar Soler, Editorial Alba, Barcelona, 1998), p. 186. Y luego, pp. 186-187, añadía este comentario: “Nadie me ofrece irme, dicho sea de paso. Se van Bergamín, Masip, Ímaz, muchos más: no me dicen esta boca es mía. Además, no me interesa. Tampoco creo que P[eua] se quiera marchar. Esperaremos. A ver. Un día tras otro”. En adelante citamos sus *Diarios* de esta misma edición.

³ La distancia temporal hace aún más espeluznante, si cabe, el contenido de la nota verbal del 8 de marzo de 1940 –cfr. Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, p. 43– que dirigió la Embajada franquista en París al Ministerio de Asuntos Exteriores francés. En esa –una sarta de mentiras que reflejan una mentalidad fascista– se encuentra el origen de la persecución de que fue objeto Aub en Francia: “L’Ambassade d’Espagne présente ses compliments expressés au Ministère des Affaires Etrangères, et a l’honneur de lui signaler, afin que les mesures nécessaires puissent être prises, que le ressortissant allemand MAX AUB (Israélite), qui fut naturalisé espagnol par le Gouvernement rouge, lors de la guerre civile, et qui se trouve actuellement en France, selon des informations fournies à cette Ambassade, est un communiste notoire d’activités dangereuses.”

prólogo que el propio Aub le encargó para sus *Novelas escogidas*,⁴ hace el siguiente comentario acerca de su incesante labor como escritor, una labor que sostuvo aun en condiciones tan adversas como las que enfrentó en los campos de concentración argelinos:

En su parvo equipaje de fugitivo, escritos en amarillentos cuadernillos, en dispares hojas de papel, van sus escritos, unos terminados, otros en esbozo, notas, apuntes... *Campo cerrado*, la primera novela del *Laberinto Mágico*, está terminada de escribir en París, en agosto de 1939 (verá la luz en México en 1943); allí va casi completo *Campo de sangre* (publicado sucesivamente y que consagrará a Aub como novelista de primer orden en aquel continente, el único en que entonces se le puede leer). Van tantos relatos y cuentos como le debemos, la quevedesca “Historia de Jacobo”, el “Vernet, 1940” y *Campo francés*...⁵

México fue, pues, una tabla de salvación para él y para su escritura. Pero, llegado a ese destino, emprendió un largo viaje iniciático en el que descubrió un nuevo país y una nueva cultura; allí también aprendió lo que suponía ser exiliado. Ese viaje iniciático acabó constituyendo, de forma progresiva y acumulativa, una parte esencial de su vida y de su quehacer artístico-intelectual.

⁴ Cfr. la carta de Aub a Tuñón del 25 de junio de 1968 en Francisco Caudet (ed.), *Epistolario Max Aub/Manuel Tuñón de Lara (1959-1972)* (Biblioteca Valenciana, Valencia, 2004).

⁵ Manuel Tuñón de Lara, prólogo a Max Aub, *Novelas escogidas* (Aguilar, México, 1970), p. 18.

Aub, que llegó a México con el firme propósito de dedicarse a dar testimonio de la tragedia que de 1936 a 1939 había vivido España,⁶ iba a familiarizarse con un mundo del que, a su modo y manera, también dio testimonio. Digo a su modo y manera porque las relaciones de un emigrado con el suelo que le da cobijo nunca son las de quienes pertenecen a ese suelo. María Luisa Capella, que se ha ocupado de este asunto, cita las siguientes palabras de Noe Jitrik escritas en relación con la literatura del exilio argentino:

La pertenencia es la garantía de la legitimidad, lo que permite sentir que se tiene derecho a ser, a estar y a vivir en un lugar, a manipular y a distribuir los códigos... Esa articulación entre pertenencia y modificación es lo que hace no sólo que uno quiera estar en un sitio, sino que pueda sentir como natural y obligatorio hacer algo para cambiarlo sin perderlo...⁷

María Luisa Capella comenta que esa “articulación”,

no pudo darse en México ya que al llegar, todos ellos [los exiliados republicanos] tuvieron que firmar la condición expresa de no intervenir en política según el acuerdo del 21 de enero de 1941, en el que se dice que los admitidos en México “serán notificados y advertidos de que en el puerto de entrada deberán dejar constancia escrita del compromiso que contraen, de que

⁶ El 22 de enero de 1945 hacía esta anotación en *Diarios (1939-1972)*, p. 123: “Creo que no tengo derecho a callar lo que vi para escribir lo que imagino.”

⁷ *Apud* María Luisa Capella, “Identidad y arraigo de los exiliados españoles. (Un ejemplo: Mujeres valencianas exiliadas)”, en A. Girona y M^a F. Mancebo (eds.), *El exilio valenciano en América. Obra y memoria* (Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Universitat de València, Valencia, 1995), p. 61.

no podrán dedicarse a actividades de orden político relacionadas con nuestro país ni el de ellos, so pena de que se les cancele el permiso de residencia”.⁸

Al igual que México, otros países impusieron a los exiliados el compromiso, hubiera o no una reglamentación escrita, de no intervenir en ninguna actividad política. Pero, no es menos cierto que, dependiendo del país y de las circunstancias –no fue lo mismo el México de Cárdenas que la República Dominicana de Trujillo, o la Argentina de antes de Perón y la de su primer mandato...–,⁹ los gobiernos fueron bastante permisivos con los exilados y se les dejaron desarrollar actividades políticas relacionadas con España.¹⁰

En el caso de Max, la “articulación entre pertenencia y modificación” a la que hace referencia Noe Jitrik, fue posible en lo tocante a su profesión de escritor. O si se quiere, se pudo dedicar a su profesión de escritor, actividad con la que ganarse la vida no es fácil ni en país propio ni en país ajeno.¹¹ Al poco de trasladarse a México, empezó a colaborar en la prensa como crítico de teatro, a trabajar como guionista de cine, a dar clases de teoría y técnica en el Instituto Cinematográfico de la Ciudad de México y, durante unos años –de

⁸ *Loc. cit.*

⁹ Cfr. Francisco Caudet, “La condición de exiliado republicano”, en *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939* (Fundación Universitaria Española, Madrid, 1997), pp. 329-369.

¹⁰ Cfr. Francisco Caudet, “México, tierra de asilo”, en *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, pp. 155-206.

¹¹ Con el agravante, en su caso, de que hacía una obra paralela de novelista español escrita sobre y para España. Esta anotación de sus *Diarios*, fechada el 19 de noviembre de 1943 –cfr. *Diarios (1939-1972)*, p. 109–, donde alude a un director que le había pedido una versión de *La Verbena de la Paloma*, es muy ilustrativa de su doble condición de escritor: “Me echa abajo mi adaptación de la *V[erbena] de la P[aloma]* con las frases más acibaradas, para luego –hoy– venir a cuentas de que lo que no le gusta son dos o tres cosas sin mayor importancia. Veneno que ha debido tragar a lo largo de su existencia por mil razones. Por otra parte mi trabajo era malísimo, hecho para poder pagar la edición de *C[ampo] c[errado]*.”

1961 a 1966–, llegó a ser director del Servicio Coordinado de Radio Televisión y Grabación de la UNAM.¹² A modo de balance de esos años, recordaba en 1970:

La literatura nunca –y en ningún sitio como no sea a algunos privilegiados– da de comer a sus autores. Dicen –digo– que viven de su pluma. Pero sin aclarar al servicio de qué. Sí, en México, he vivido de mi pluma, mas ¿qué no hice? Cine (todavía la TV no era nada), periodismo, traducciones, folletos y publicidad. Menos mal que nunca costó endilgar frases y más si es por encargo: allá voy y no paro hasta el punto final. Lo mismo me da discurso o *script*.¹³

Los años en que trabajó para la Radio Televisión de la UNAM –a petición de su médico y amigo el Dr. Ignacio Chávez, que había sido nombrado en enero de 1961 Rector de la UNAM–, fueron de los pocos en que tuvo unos ingresos fijos, pero ese trabajo era muy absorbente y le obligaba a arañar tiempo de donde y como fuera para escribir lo que verdaderamente le importaba: novelas, cuentos, dramas, poesía...¹⁴ En carta del 15 de octubre de 1965 le comentaba a Tuñón, quien, desde su exilio en París, se había estado

¹² El 30 de junio de 1961 le escribía a Tuñón de Lara –cfr. *Epistolario Max Aub/Manuel Tuñón de Lara (1959-1972)*: “Por de pronto estoy en eso de la Radio y la Televisión de la Universidad...”; y el 1 junio de 1966: “Se cumplió lo supuesto y precisamente hoy, a los cinco años justos de haber tomado posesión de Radio Universidad, entregué el puesto. Sin embargo, mi sucesor Joaquín Gutiérrez Heras es persona excelente...”.

¹³ Max Aub, “Prólogo inédito”, Archivo de la Fundación Max Aub de Segorbe (AFMAS), Caja 4/8.

¹⁴ El 21 de junio de 1955, hacía esta anotación en *Diarios (1939-1972)*, pp. 265-266: “¡Tanto tiempo sin escribir, dominado por mi trabajo imbécil, que me proporciona J[osé] L[uis] M[artínez]! ¿Para qué? Para nada, absolutamente para nada: ganar unos centavos (ya digo centavos, no céntimos).”

quejando con él de sus continuas estrecheces económicas que le obligaban a asumir encargos que le apartaban de sus trabajos de investigación historiográfica:

¿A poco crees que tampoco tengo que pagar “la mansión que habito y el lecho donde yago?” ¿O crees que la Radio y la Televisión son los ideales de mi vida?¹⁵

La situación de Aub, en este sentido, fue menos complicada que la de Tuñón, porque los escritores exiliados en México no tenían los problemas que sufrían los escritores españoles que se habían exiliado en países de lengua no española. Pero nunca lo tuvo fácil.¹⁶

Dejando a un lado esas y otras dificultades y penalidades, es de destacar que Aub tardó poco en introducirse en los medios culturales de México. Resulta sorprendente que recibiera el encargo, casi recién instalado en México, de hacer documentales como *México es así*, *La tierra es la patria* y *México hacia el futuro*, o que Daniel Cosío Villegas, también por esos años, le pidiera, en nombre del Fondo de Cultura Económica, que asesorara a Giselle Freund en un reportaje que estaba preparando sobre el México moderno.¹⁷

¹⁵ Cfr. *Epistolario Max Aub/Manuel Tuñón de Lara (1959-1972)*.

¹⁶ El 29 de julio de 1948, *Diarios (1939-1972)*, p. 149, escribía dirigiéndose a una de sus hijas: “Carmen: mañana cumples doce años. No puedo hacerte ningún regalo porque no tengo dinero. Te lo digo por escrito para que te sea menos pesado. Lo único que te deseo es que vivas en un mundo en el cual, cuando tu hijo cumpla doce años, no sea un problema no tener dinero para hacerle un regalo.”

¹⁷ Carta del 10 de enero de 1948 de Daniel Cosío Villegas. Cfr. AFMAS.

En esos primeros años de su exilio, trabajó, con más bien regular fortuna, en la industria cinematográfica mexicana;¹⁸ y probó suerte –sin que la tuviera– como autor teatral. En 1944 estrenó *La vida conyugal* en el Teatro Fábregas; en 1947, *A la deriva*, en la colonia penitenciaria de las Islas Marías; en 1948, *Los guerrilleros*, en el Teatro de los Electricistas; y en ese mismo año, *La vuelta: 1947*, en el Teatro del Sindicato de Telefonistas... Su teatro encuentra entonces dificultades en México y Aub hace esfuerzos –nuevamente con poca fortuna– para, en la medida de lo posible, mexicanizarlo. Así, en la adaptación teatral de *La Madre*, de Gorki, que había realizado en Barcelona en 1938, introduce mexicanismos;¹⁹ y en su obra teatral *Cara y cruz* –obra sobre la guerra civil española escrita en 1944 y dedicada a la memoria de Manuel Azaña– añade las siguientes palabras, que son otro intento de mexicanizar su teatro:

¹⁸ Debo a Álvaro Romero, de la Universidad de California, Santa Cruz, los datos siguientes que provienen de un trabajo de investigación suyo que permanece inédito, titulado “Max Aub en el cine mexicano (1943-1956)”: Hizo la adaptación de su propia obra *La vida conyugal* (1943) para la película del mismo título dirigida por Julio Bracho. Trabajó como dialoguista en *Amok* (1944) y *Los olvidados* (1950). Adaptó el guión cinematográfico de *El globo de Cantolla* (1943), *Sinfonía de una vida* (1945), e *Hijos de mala vida* (1946). Colaboró en la adaptación del argumento cinematográfico de *La monja alférez* (1944), *El sexo fuerte* (1945), *La rebelión de los fantasmas* (1946), *Contra la ley de Dios* (1946), *Otoño y primavera* (1947), *El hombrecito* (1950), *Al caer la tarde* (1948), *Historia de un corazón* (1950), *Cárcel de mujeres* (1951), *Camino del infierno (o Nos veremos en el cielo)* (1949), *Ave de paso* (1945), *Soltera con gemelos* (1944), *Cinco rostros de mujer* (1946), *Cuide a su marido (o La doncella de mi mujer)* (1949) y *Lluvia de abuelos* (1949). Adaptó el guión cinematográfico de *La viuda celosa* (1945) y *El charro y la dama* (1949). Colaboró también en las adaptaciones de *Marina* (1944), *Entre tu amor y el cielo* (1946), *Para que la cuña apriete* (1950), *Barrio de pasiones* (1947) y *María la O* (1947). Participó en la redacción de los guiones cinematográficos de *Mariachis* (1949), *Pata de palo* (1950), *La segunda mujer* (1952), *Ley fuga* (1952) y *La desconocida* (1954).

¹⁹ Cfr. las notas de Josep Lluís Sirera a *La madre*, en Max Aub, *Teatro. Obras completas. vol. VII-A* (Biblioteca Valenciana, Valencia, 2002), p. 317.

El traspunte, que es amigo mío, asegura que el propósito del autor fue reproducir escenas acaecidas el 18 de julio de 1936. ¡Tampoco es cierto! ¡Aquí se miente en la cara de todos! De parecerse a algo, yo me inclinaría a creer que el autor buscó sus antecedentes en los sucesos que motivaron la muerte del presidente Madero. Al fin y al cabo, inventa hazañerías.

Aub, que a su llegada a México se reencontró con viejos amigos españoles, entre ellos el sociólogo José Medina Echavarría,²⁰ empezó a tener muy pronto buenas relaciones de amistad con personalidades influyentes en los medios culturales mexicanos, como Alfonso Reyes, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, y también con otros insignes intelectuales y escritores mexicanos, como, por citar unos pocos ejemplos, Mariano Azuela, Celestino Gorostiza, Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, José Mancisidor, José Luis Martínez, Octavio G. Barreda, Mauricio Magdaleno, Carlos Fuentes, Elena Garro y Octavio Paz. El contenido de *Ensayos mexicanos*, libro póstumo que recogía una selección de artículos y ensayos entre los que había algunos que se remontaban a 1942, pone de manifiesto las buenas relaciones que mantuvo con destacados representantes de las letras mexicanas y lo bien que alcanzó a conocer la historia y la cultura mexicanas...²¹

²⁰ José Medina Echavarría, cuya relación con Aub se remontaba a los años juveniles –los dos estudiaron en Valencia en el mismo Instituto–, era el director del Centro de Estudios Sociales y de *Jornadas*, colección que editaba ese Centro. Medina publicó en el primer número de *Jornadas* la monografía *Prólogo al estudio de la guerra*.

²¹ Cfr. en *Cuerpos presentes* (Biblioteca Max Aub, Segorbe, 2001), libro también póstumo, los retratos de Octavio G. Barreda, Julio Torri, Siqueiros, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia y Alfonso Reyes.

Aunque para un exiliado el diálogo nunca es fácil.²² Para Aub, aun con las particularidades que presenta su caso, tampoco lo fue.

Eurocentrista por educación y sensibilidad –y porque sus raíces se hallaban repartidas entre Alemania, Francia y España–, antes de emigrar, Aub estaba poco familiarizado con cuanto acontecía en Latinoamérica. Pero sus orígenes, y la educación cosmopolita que recibió desde niño, le facilitaron, como ocurriera cuando a los once años se vio forzado a buscar refugio con sus padres en España, la adaptación a México, país que se convirtió, según dijo en una ocasión, en su “amor de madurez”.²³ Un amor que tuvo, por las razones que él mismo comentó en un estremecedor pasaje de sus *Diarios*, una especificidad cuyos fondos y trasfondos no son siempre fáciles de calibrar y entender en todas sus dimensiones y matices:

¡Qué daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, el no ser de ninguna parte! El llamarme como me llamo, con nombre y apellido que lo mismo pueden ser de un país que de otro... En estas horas de nacionalismo cerrado el haber nacido en París, y ser español, tener padre español nacido en Alemania, madre parisina, pero de origen también alemán, pero de apellido eslavo, y hablar con ese acento francés que desgarrar mi castellano, ¡qué daño no me ha hecho! El agnosticismo de mis padres –librepensadores– en un país católico como España, o su prosapia judía, en un país antisemita como Francia, ¡qué disgustos, qué

²² Cfr. Francisco Caudet, “La condición de exiliado republicano”, en *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, pp. 329-369.

²³ Max Aub, “Notas mexicanas”, manuscrito depositado en AFMAS, Caja 35/9.

humillaciones no me ha acarreado! ¡Qué vergüenzas! Algo de mi fuerza –de mis fuerzas– he sacado para luchar contra tanta ignominia.²⁴

Todos esos factores²⁵ se sumaban al hecho de que la integración de un exiliado al país de acogida no suele producirse de manera absoluta, y menos aún cuando esa situación se da, como en el caso de Aub, en la edad adulta. Lo cual, bien mirado, es una suerte. Porque la no plena integración permite observar la realidad desde una distancia necesaria para el siempre saludable ejercicio de la mirada crítica. A ello hay que añadir esta singularidad: los españoles eran exiliados políticos en un país, México, que les recibió – aunque hubo resistencias y ataques en algunos medios– con los brazos abiertos.²⁶ En enero de 1962, la *Gaceta* del Fondo de Cultura Económica recogía una nota de Aub, titulada “A los veinte años de *Cuadernos Americanos*”, en la que declaraba su agradecimiento a México, al estadista Cárdenas y al mentor cultural Jesús Silva Herzog:

Las patrias las hacen los individuos y la lengua que hablan. España le debe a México más de lo que México le debió a España. Si mañana la justicia se restablece allí, se deberá en gran parte a que México alentó a los que la injusticia arrojó aquí para dejar constancia de la verdad.

¿Cuántos de nosotros no hubiesen muerto en países de lengua extranjera si el gobierno del general Cárdenas no nos hubiera concedido más que asilo, un aliento nuevo? ¿Cuántos de nosotros no hubieran callado lo más que en veinte

²⁴ Anotación del 2 de agosto de 1945, *Diarios (1939-1972)*, p. 126.

²⁵ Cfr. la nota 23.

²⁶ Cfr. Francisco Caudet, “México, tierra de asilo”, en *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, pp. 155-206.

años han dicho si don Jesús Silva Herzog no hubiera hallado la manera de publicar *Cuadernos Americanos*?

Si el día de mañana la historia se restablece en lo que fue –y no creo que el hombre tenga misión de mayor alcance para con las generaciones futuras–, será gracias a hombres como el que hoy festejamos: por su integridad, sentido de la justicia, amor a lo cierto, dedicación al prójimo.²⁷

En “José Mancisidor y España” volvía a recordar a Cárdenas con el inmenso agradecimiento que siempre manifestaron por él los exiliados republicanos, y decía de México y de José Mancisidor:

Ningún país americano está hoy ni estará mañana tan cerca de España como México. Y lo debe a hombres del temple de José Mancisidor.

El novelista veracruzano presidió durante los años de su existencia la FOARE. Ningún organismo, de las docenas que hubieron, cumplió tan a la perfección su misión de defender a los republicanos españoles, ninguno estuvo tan cerca de su justa causa, injustamente derrotada; por ello la deuda de España con José Mancisidor es imborrable y cuando, el día de mañana, se pueda rendir tributo, en España misma, a la pléyade de hombres que dieron lo mejor suyo en pro de la justicia, se le recordará, como le recordamos hoy, como la generosidad misma, gran desterrador de tinieblas.²⁸

²⁷ Max Aub, “A los veinte años de *Cuadernos Americanos*”, en *Ensayos mexicanos* (UNAM, México, 1974), p. 297.

²⁸ Max Aub, “José Mancisidor y España”, en *Ensayos mexicanos*, pp. 259-260.

Pero el reconocimiento de estas deudas de gratitud, que compartía con Aub la inmensa mayoría de exiliados, no impidió que dejaran de existir entre México y el colectivo de exiliados republicanos unos desencuentros que, a veces, eran simples problemas de convivencia que se remontaban al pasado colonial y a diferencias culturales que, por mucho que haya quienes aseguren lo contrario, existían entre México y España. Poco ayudó a remediar ese estado de cosas el que un buen número de exiliados republicanos, a pesar de hallarse en las antípodas del ideario imperialista del primer franquismo, hicieran alarde de una supuesta superioridad moral, que se atribuían por haber luchado contra el fascismo y/o por pura ignorancia, que en absoluto les eximía de culpa, una prepotencia nacional en la que había resabios de una vieja mentalidad colonial.²⁹

Aub denunció la pervivencia de esas actitudes y mentalidades porque, de un lado, eran incongruentes con el marchamo ideológico del republicanismo y porque, de otro, enturbiaban las relaciones de los refugiados con los mexicanos. En clave entre irónica y humorística se ocupó de estos extremos en el cuento “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, que trataba, contra lo que a menudo se piensa, más de los refugiados que de Franco. Como muestra de que así era, reproduzco el siguiente pasaje del cuento:

Los recién llegados no podían suponer –en su absoluta ignorancia americana– el caudal de odio hacia los españoles que surgió de la tierra durante las guerras de Independencia, la Reforma y la Revolución, amasado lo mismo con los beneficios que con las depredaciones. Ni alcanzarían a comprenderlo, en su

²⁹ Cfr. las advertencias y recomendaciones que Paulino Masip hizo a sus compatriotas exiliados en *Cartas a un español emigrado* (Junta de Cultura Española, México, 1939).

cerrazón nacionalista, con el orgullo que les produjo la obra hispana que descubrieron como beneficio de inventario ajeno, de pronto propio. Jamás las iglesias produjeron tanta jactancia, y más en cabezas, en su mayor número, anticlericales.³⁰

Estas palabras, dejando a un lado la terriblemente patética situación que denuncian, son una muestra de la distancia que existía entre Aub y muchos de sus castizos compatriotas. Se debe asimismo señalar que esa distancia iba acompañada de la ironía y el humor, porque Aub también amaba, a pesar de todo, a esos españoles y porque no era partidario de que nadie –ni él mismo, claro está– diera ejemplos del menor adarme de superioridad, bien fuera nacional, moral o de cualquier tipo. No le importaba tanto dar lecciones de civismo, que las da en este cuento, como reflexionar sobre el hecho de que uno es, como había escrito en “El remate”, “de donde crece”, pero no por ello hay solamente una única manera de crecer, ni se para nunca de crecer, ni se crece mejor o únicamente cuando no se cambia de suelo. Es lo que acaba comprendiendo Lázaro Valdés, según dice en el *Ejercicio retórico contra la juventud*, que aparece incluido en el cuento “Homenaje a Lázaro Valdés”:

³⁰ Max Aub, “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, en *Enero sin nombre* (ed. de Javier Quiñones, Editorial Alba, Barcelona, 1995), pp. 413-414. En la anotación del 22 de marzo de 1965, *Diarios (1939-1972)*, p. 360, Aub decía: “Recibo hoy carta de Cesáreo Rodríguez Aguilera, ¡del 7 de octubre de 1964!, en la que me dice que ‘el secretario del Patronato de Presos y Penados’ –su amigo– le escribe, refiriéndose a las gestiones hechas para conseguir mi visado, que ‘temo que no van a tener éxito porque parece ser que escribió un libro titulado *La muerte de Franco* y otras cosas más, en que indica la forma de cómo terminar con nuestro jefe del Estado’. De cómo se transforman las cosas: un sencillo relato en el que no me propuse más que reflejar las reacciones de los mexicanos ante los españoles de café...”.

Para medir y pesar, gozo muy humano, se necesitan medidas con las que tal vez se nace, pero se desarrollan con nuestra órbita. Sólo con el tiempo se aprende a amar.³¹

De México, donde también creció de maneras muy diversas, Aub amó muchas cosas –algo queda dicho ya–, pero tengo para mí que fue el paisaje mexicano lo que amó en primer lugar. De ello hay numerosas muestras, que a veces aparecen en sus escritos como destellos. Así, en el cuento “Teresita”, que dedicó a su gran amigo Alfonso Reyes, irrumpe esta entusiasta certeza: “No hay nubes como las de México”.³² Y continúa diciendo el narrador, que parece haberse ido familiarizando tanto con el exultante paisaje que hasta lo describe en sus más recónditos matices:

Allá enfrente asoma el Popo, otras nieves en nubes esconden el Iztaccíhuatl; más abajo las prodigiosas construcciones indostánicas de Tepetzotlán entre hálitos de plata recuerdan decorados de ópera germánica mientras, al norte, la antigua carretera parte, en jade, el verde oscuro de los pinos. Azules, del color de todos sus vecinos, recogen las primeras rosas del atardecer. Suben los ruidos de la plaza envueltos en la estridencia del piar desaforado de los innumerables pájaros.³³

³¹ Max Aub, “Homenaje a Lázaro Valdés”, en *Enero sin nombre*, p. 448.

³² Max Aub, “Teresita”, en *Enero sin nombre*, p. 351.

³³ *Ibid.*, p. 351.

En el cuento “Homenaje a Próspero Merimée” vuelve a tener destacado protagonismo el paisaje mexicano:

De día, el valle era pardo, claro y oscuro, atravesado, picado, de bardas y árboles secos, otros perennes, casi del mismo color; por la distancia: verdes oscuros oliváceos; los troncos, negros. La tierra caía suavemente hasta lo que parecía llano, que él sabía cruzado de súbitas barrancas. Un ancho espacio amarillento cruzaba, a la derecha, muy lejos; extensión en barbecho donde cazó, hacía meses, un coyote. Monotonía inculta, lo mismo daba un valle que otro.³⁴

Poco más adelante, en este mismo cuento, añade estas pinceladas:

El verde negro del laurel se recorta brillante en el azul pavo del cielo. Los zopilotes coronan la tarde, interminablemente.

La tierra seca, el polvo mucho, las calles empedradas con algunos cantos indiferentes. Sombreros de palma, huipiles blancos.

El zócalo abandonado, seco. Los macizos marcados con tiras de azulejos. Pero no hay macizos ni arbustos. Sólo, en una esquina, una mata de adelfos rosas. En el centro, una fuente, sin gota de agua [...].

En el enorme laurel real pían los pájaros, a cientos; entran, salen, se clavan en sus ramas como agujas en un alfiletero vivo.³⁵

³⁴ Max Aub, “Homenaje a Próspero Merimée”, en *Cuentos mexicanos (con pilón)* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1990), p. 9.

³⁵ *Ibid*, p. 21.

La expresión escrita de la intensidad con que Aub llegó a sentir el paisaje mexicano alcanza posiblemente su punto culminante en “Amanecer en Cuernavaca”:

En la huerta ni las adelfas ni las buganvillas dan aún la medida de su color. Todo el sol está prendido en redes de musaraña. Todo duerme, todavía, un poco. Los colores sobrellevan la pátina del amanecer. Verdes ligan con plata, el aire es fino, los ruidos mansos. La soledad y el silencio a punto de perderse. Los enjalbegados se tiñen de amarillo en espera del blanco restallante que el sol en añil les deparará sin remedio. El cielo es azulenco, celeste claro. Todo despierta, hasta los colores. Nadie es todavía exactamente el que ha de ser. El despertar tiene algo de nacer, todo es tierno, más lento, más débil, más puro, mejor. Es la hora de los buenos propósitos: hoy haré esto y lo otro. Luego picará el sol y los hombres se dejarán ir por la corriente, los rojos serán más violentos, los blancos inmirables, el polvo corruscante; sahornado el día de gritos, hormigas, pulgas, mosquitos, niños, gasolina, ganas de no hacer nada. Pero ahora, al amanecer, todo es esperanza, fuerza y milagro.

Los montes parecen más lejanos, espolvoreados de plata, los grises todavía empañados de malva, los verdines de azul. La tierra seca no muestra aún sus cicatrices ni sus arrugas de vieja pedigüeña. La sed se remedia con el airecillo corredor. Los surcos y las acequias prometen agua con la neblina y el corazón da gracias de ser.

Las manos alisan el pelo todavía revuelto del contacto con la noche o bajan a recargarse sobre los riñones encajándose en el nacimiento de las caderas.

El hombre se planta, perniabierto, –ante el día, lleno, fuerte, contento, sin saber por qué. Mundo abierto, mañanilla.

Todavía no zumban las moscas, todavía no salen las lagartijas, todavía no picotean las gallinas ni alza sus crines el caballo. Sólo un perro sin nombre corretea flaco, la cola a lo que sea, husmeando sin parar hasta perderse tras el recodo.³⁶

Y al final aparece, de manera sorpresiva y brusca, y a la vez inevitable, porque dice mucho del estado de ánimo de quien mira las maravillas de esa desbordante naturaleza, la interferencia de otro paisaje: “Como si fuese en Aragón o en Cataluña”.³⁷

Entre esos paisajes no se establece, o a mí no me lo parece, ninguna competencia ni ninguna jerarquía. En la descripción de Cuernavaca se había simplemente filtrado la memoria del paisaje familiar, sucintamente mencionado en el símil, que en otro tiempo había sido centro y razón única del mundo y que ahora, en el exilio, era una ausencia que ese recién descubierto paisaje de Cuernavaca hacía presente. Pero el paisaje de Aragón o Cataluña, anclado en la memoria es, por ausente, más imaginario que real; o, al menos, necesita de esa realidad que es el paisaje de Cuernavaca para que tenga una realidad que retoma a través del símil. En buena lógica, pues, Cuernavaca, no es como si fuera Aragón o Cataluña; sino al revés.

La interferencia de visiones de paisajes familiares en las descripciones hechas por algunos exiliados del paisaje mexicano era tan corriente como inevitable. Pero en algunos casos –tal ocurrió con Aub–, a medida que los exiliados se fueron adaptando e integrando

³⁶ Max Aub, “Amanecer en Cuernavaca”, en *Enero sin nombre*, pp. 449-450.

³⁷ *Ibid.*, p. 450.

en los países que les acogieron, lo real-presente fue progresivamente adquiriendo una realidad propia, autónoma de lo real-ausente. El 1 de octubre de 1943, dejaba Aub en sus *Diarios* constancia de ese proceso:

Hoy hace un año que desembarqué aquí. A las seis de la mañana, sobre una bruma gris y un mar de plomo, descubrí el enorme cono rosado –color flamenco– del pico de Orizaba. El barco avanzaba sin fatiga ni ruido, como si el mar fuese azogue y las máquinas viento. Una islilla con una palmera. Y luego gris en pisar el muelle, el puerto y el edificio muerto de la aduana: gris sucio, rosado sucio y la cadena horrible de los zopilotes parados en su galería.

Luego la alegría de Veracruz, que entonces, quizá por el deseo de España, me pareció tan española.

Tan Murcia pequeña, o Lorca. Era el aire del idioma. Hoy abiertos los ojos a algo más que la emoción y el deseo: Veracruz, tan tropical y mexicana.³⁸

En Aub el sentimiento del paisaje mexicano compite a menudo con la fascinación por los nombres autóctonos. Así, en “La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro” no resulta fácil determinar si, en este largo título, el énfasis está puesto en la *verdadera historia*, en los misteriosos *peces blancos* o en el nombre *Pátzcuaro*. No, no resulta fácil saber dónde puso Aub el énfasis, pero no cabe la menor duda de que el esdrújulo Pátzcuaro desencadena, en este magnífico cuento, la aparición de una serie de

³⁸ Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, p. 105.

topónimos asimismo esdrújulos:³⁹ Tacámbaro, Camécuaro, Cupítero, Puruándiro, Yurécuaro, Zitácuaro, Queréndaro, Acámbaro... A esos nombres, que llama “refulgentes”, hay que añadir los de otros topónimos que el narrador recoge en ese cuento también con particular regusto: Tenochtitlán, Tzinzuntzán, Parangaricútiro...

En el cuento “El caballito”, aparece documentada la preferencia de México por el apóstol Santiago, patrón de España, con una orgía –¡dos páginas y media!– de Santiagos mexicanizados: Santiago Amoltepec, Santiago Apoala, Santiago Coicayán, Santiago Astata, Santiago Atzitzihuacán, Santiago Cacaloxtepic, Santiago Camotlán, Santiago Comaltepec, Santiago Chazumba, Santiago Choapan, Santiago Ixcuitemex, Santiago Ixuintla, Santiago Ixtayutla, Santiago Jamiltepec, Santiago Jocotepec, Santiago Juxtlahuaca, y un largo etcétera que, como digo, ocupa dos páginas y media.

El fragmento citado más arriba del *Ejercicio retórico contra la juventud*, publicado en 1954, una especie de testamento que, según el relato, Lázaro Valdés había dedicado a Alfonso Reyes, tiene como contrapunto un texto dedicado al apócrifo Marcos,⁴⁰ donde se hacía una apología de los espacios nativos:

“¿Crees que el hombre es sólo el hombre? ¿Crees que sólo se trata de reconquistar al hombre? No, Marcos, no: se trata también de volver a tener lo que el hombre hizo y, además, lo que lo hace: el Arlanzón y el Tajo, los picos de Europa, Urbión y el Guadarrama. Cuando luchas por España, no es sólo para

³⁹ De los peces de Michocán se dice en “La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro”, *Cuentos mexicanos (con pilón)*, p. 91, que “se habían vuelto nacionalistas. Empezaron por inventar el esdrújulo para marcar su independencia sobre las lenguas antiguas.”

⁴⁰ Cfr. Max Aub, “No basta la nostalgia”, *Ultramar*, junio de 1947, ed. facsimilar de James Valender (El Colegio de México, México, 1993), pp. 16-17 y 29.

volver por el derecho de los hombres españoles: es para que las piedras de Valladolid, las de Burgos, las de Alcoy, las de Granada, vuelvan a ser tuyas, claras y libres, para que San Marcos y San Isidro de León, San Juan de los Reyes, el puente romano de Córdoba, el castillo de Medina y toda Salamanca vuelvan a ser tuyas, de todos los españoles. [...] Me dirás: –¡Cuánta literatura! Tan pronto como caigan los hombres... Pero es que sin las piedras los hombres no tienen patria. Son las piedras y los ríos los auténticos padres de los hombres, sus progenitores”.⁴¹

Pues bien, en el *Ejercicio retórico* publicado en 1954, tiempo y espacio no constituyen una unidad sino una divergencia, a diferencia de lo que sucede en el texto publicado en 1947. O, si se prefiere, el texto que Aub publica en 1947 contradice el de 1954 en la medida en que en el *Ejercicio retórico* el tiempo se aleja de esa concepción patrimonial y mítica del espacio, y se torna una atalaya desde la cual el exiliado puede abrirse a otras realidades y, desde ellas, pensar el mundo.

Los exiliados republicanos descubrieron en México, entre otras muchas realidades que les eran del todo o en parte desconocidas, el indigenismo, cuestión a la que se prestó descollante atención en la revista *Romance*, cuyos redactores eran refugiados españoles.⁴² Otro asunto que no les era muy familiar era el problema del mestizaje, que se convirtió en piedra de toque de la perspectiva que adoptó Aub para entender la realidad mexicana.⁴³ Un

⁴¹ Max Aub, “Homenaje a Lázaro Valdés”, en *Enero sin nombre*, pp. 442-443.

⁴² Cfr. Francisco Caudet, “*Romance* (1940-1941)”, en *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, pp. 115-169.

⁴³ En sus *Diarios* hay salidas de tono, acaso porque se reprimía en público y se desfogaba en privado. Una de esas salidas de tono aparece el 13 de noviembre de 1949, *Diarios (1939-1972)*, p. 156: “La duplicidad de

asunto más, que se había ido abriendo paso en algunos países latinoamericanos, era la necesidad de tomar, sumida Europa en los estertores de una nueva guerra mundial, una vía propia. En la colección *Jornadas*, editada por el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, en la que tuvo destacado protagonismo José Medina Echavarría –íntimo amigo de Aub–, se alentaba a Latinoamérica

a ponerse enérgicamente a pensar en sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural. [...] Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.⁴⁴

México llegó a ser considerado, sobre todo durante los primeros años del exilio, una suerte de sala de espera situada en una lejana estación de tránsito –*Sala de espera* tituló Aub a una revista suya y *Tránsito* se llama una de sus obras de teatro en un acto, escrita en los primeros años de exiliado y publicada en esa revista–, de donde se habría de emprender un viaje de regreso a España; un viaje que, contra tales ilusorias expectativas, se fue

sangre en el mestizo engendra su dúplica manera de ser. Cuando hablo de sangre no me refiero a la sangre, sino a lo que ha venido a ser el país en manos de los mestizos. De esa duplicidad, en ella, viven todos: criollos, mestizos y aborígenes. Mienten por no mentirse, ya que difícilmente están de acuerdo consigo mismos. No quisiera dar a esto un sentido peyorativo. Ejemplo: M[auricio] Magdaleno me asegura, a las once, que de un cuento no se puede sacar una buena película. A las doce, frente a un productor al que no tenía necesidad de asegurar nada, le dice que de un cuento se puede sacar una excelente película. No es nada, pero así con todo –y en todo–. Mundo vacilante y con fondo pantanoso.”

⁴⁴ Cfr. *Discurso de la novela española contemporánea* (Jornadas 50, México, 1945), p. 6.

retrasando de manera indefinida. Irremisiblemente, pues, la sala de espera –es decir, México– se convirtió, para Aub y los varios miles de republicanos que estaban allí exiliados, en lugar permanente de residencia y de trabajo. Pero no es menos cierto que esa sala de espera fue también para muchos –desde luego lo fue para Aub, que enriqueció su eurocentrismo de juventud con la nueva dimensión americana–, un lugar desde el cual empezar a interpretar la realidad con otra mirada. Esa mirada, que era más plural y más diversa porque se hallaba situada en el espacio del “otro”, ya no giraba, pues, en función de una sola perspectiva, sino a partir de varias. De ello da cuenta, en clave humorística, este pasaje de “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, donde el mesero del cuento dice que le había costado mucho darse cuenta “de que el mundo no está bien hecho” y de que “los hombres, a lo más, se dividen en melolengos, nangos, guarines, guatos, guales, guajolotes, mensos y babosos. Cuestión de matices, como el café con leche”.⁴⁵ Esta misma amplitud de perspectivas la expresaría Aub en clave seria, en la “Explicación” a *Hablo como hombre*, donde formula unos principios que se fundamentan asimismo en la benéfica experiencia del exilio mexicano:

Enemigo personal de la ignorancia, no puedo estar de acuerdo con una época cuya expresión más clara es buscar que medio mundo ignore al otro; que no se sepa, en Occidente, lo que sucede de bueno en Oriente; que no se olfatee, en Oriente, más que lo malo de Occidente. Nunca ha reinado tanto el oscurantismo como en estas décadas que han visto desarrollarse explosivamente los medios de información; jamás, sabiendo tanto, se ha procurado que se sepa menos.

⁴⁵ Max Aub, “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, en *Enero sin nombre*, p. 428.

Y ya que hablo de mí, me doy: escritor español y ciudadano mexicano, me hice hablando un idioma extranjero –nadie nace hablando– que resultó ser el mío. Poco le debo a los demás, mucho a mí mismo o lo que es casi igual: todo a los demás.⁴⁶

La prolífica obra escrita por Aub en el exilio estaba, en su mayor parte, “hincada – como dijo él mismo– en España”,⁴⁷ pero de todos modos, fue redactada, en su mayor parte, en México, país con el que había contraído, por ello, una impagable deuda de gratitud.⁴⁸ Aub así lo reconoció en numerosas ocasiones. En el prólogo a su *Teatro mayor*, decía: “Las cárceles y los campos, contra lo que se puede suponer, me dieron espacio, si no para escribir, para pensar. Todo lo que sigue es obra de México.”⁴⁹ A este respecto, es igualmente significativa la dedicatoria que lleva *San Juan*:

A Celestino Gorostiza, Rodolfo Usigli y Xavier Villaurrutia.⁵⁰ Si México, para mal de la dignidad humana, hubiese sido cualquier otro país, nunca hubiese

⁴⁶ Max Aub, “Explicación”, en *Hablo como hombre*, ed. Gonzalo Sobejano (Biblioteca Max Aub, Segorbe, 2002), pp. 36-38 *passim*.

⁴⁷ Cfr. Manuel Tuñón de Lara, prólogo a Max Aub, *Novelas escogidas*, p. 9.

⁴⁸ No creo sea descabellado concluir que Aub se sirvió del protagonista de “El remate”, narración que cierra *El Laberinto Mágico*, para describir, con la perspectiva de haber vivido cuando escribió esa narración más de veinte años en México, su situación y la de otros de muchos exiliados: “Nos han desahuciado. ¿Volverme a Méjico [con jota en el original]? Pues sí. A empezar de nuevo, a darme cuenta de que aquello es mi tierra. Y no lo es. Uno es de donde crece.” Cfr. Max Aub, “El remate”, *Enero sin nombre*, p. 466.

⁴⁹ Max Aub, “Prólogo” a *Teatro mayor*, en *Teatro completo* (Aguilar, México, 1968), p. 300.

⁵⁰ La edición de *Tercer acto* (1947) iba precedida de la siguiente nota dirigida a Villaurrutia: “Querido Javier [con jota en el original]: Este es un boceto que se me vino a la pluma empujado por los personajes principales de *Invitación a la muerte*, al día siguiente del estreno de tu obra. No trata de llevar tu comedia por otro lado.

podido escribir esta obra que vi, clara, maniatado en la bodega de un barco francés peor que este *San Juan* de mi tragedia...⁵¹

En octubre de 1943, en un artículo publicado en *El Socialista* de México, Aub expresaba su deseo de “saludar, una vez más, con humildad agradecida, a los escritores mexicanos que hicieron posible mi vuelta al mundo”.⁵² Y en la contraportada de *Ensayos mexicanos* se incluía este texto, que es un homenaje póstumo de México a Aub:⁵³

Aub demostró durante toda su vida un profundo amor a México y a lo mexicano. Profesional de las letras, encontró en el país que le brindó asilo un rico venero para algunas creaciones propias y una literatura que le impresionó y le gustó siempre. Sus *Ensayos mexicanos* le permitieron mostrar, como el resto de su obra, una visión del mundo que se resume en pocas palabras pero que da idea de la magnitud de su tarea: los anhelos de libertad y justicia social.

Ya he recordado más atrás lo que sobre México escribió en la *Gaceta* del Fondo de

El mundo tiene tantas hojas como los árboles. Con la savia del tuyo nútrese este ensayo. Tuyo es. M.A.” Cfr. Max Aub, *Tercer acto*, en *Sala de Espera*, XVI, p. 1.

⁵¹ Max Aub, *San Juan* (Tezontle, México, 1943), p.11. El 14 de junio de 1961 –*Diarios (1939-1972)*, p. 328–, lamentaba no poder dedicar una obra de teatro suya “ni a Rodolfo Usigli, ni a Xavier Villaurrutia, ni a Salvador Novo, ni a Benito Coquet, ni a José Luis Martínez, ni a Jorge González Durán, ni a Héctor Azar que, habiendo tenido en sus manos tantos teatros oficiales, jamás se les ocurrió estrenar una obra mía (lo que nada les hubiera costado).” ¿Se debía a ellos su fracaso en México como autor teatral? Me temo que no. Pero, como sea, Aub añadía, tras lo anterior, esta significativa apostilla: “No me puedo enojar con ellos porque son mis amigos y menos todavía porque son mexicanos y si he podido escribir tanto en México, a ellos (al general Cárdenas sobre todo) se lo debo.”

⁵² Max Aub, “El turbión metafísico”, en *Hablo como hombre*, p. 50.

⁵³ Y de Aub a México, porque éste dejó el libro preparado para su publicación.

Cultura Económica y en el artículo “José Mancisidor y España”.⁵⁴

Discurso de la novela española contemporánea fue escrito y publicado, según confiesa Aub en “Apostilla al título”, a instancias de Medina Echavarría. Que fuera así, no debería distraer del hecho de que, más allá de la amistad con Medina, Aub compartía con el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México tanto los anteriores postulados como este otro, también incluido en la declaración programática de *Jornadas*, donde se dejaba sentado que

no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad.⁵⁵

Esos principios los aplicó Aub, desde su llegada a México, a sus ensayos de crítica. Y lo hizo con los pocos materiales bibliográficos que, sobre todo durante los primeros años de exilio, los más difíciles, tenía a su alcance. A pesar de esa circunstancia, y de no haber recibido una formación universitaria, demostró que era un intelectual de fuste. Un producto más de un tiempo español excepcional.

Pero ahora no me interesa tanto destacar estos aspectos como el que hacia el final de *Discurso de la novela española contemporánea*, al tiempo que relacionaba el término de la segunda guerra mundial con el ocaso de las escuelas vanguardistas parisinas y con la eclosión de una nueva manera de escribir, augurase que en adelante París iba a dejar de ser

⁵⁴ Cfr. las notas 28 y 29.

⁵⁵ Cfr. *Discurso de la novela española contemporánea*, p. 2.

la metrópoli literario-artística del mundo:

Las escuelas parisinas necesitaron del derrumbamiento de Francia para darse cuenta de su propia muerte. Los escritores franceses que, en medio de tanto androginismo, traían un nuevo modo de enfrentarse con la vida, Malraux y Aragon, unidos a algunos novelistas norteamericanos, cuya barbarie técnica traía hálito directo de la calle y el campo, los novelistas soviéticos, de valer muy desigual, pero todos al servicio de la colectividad, y los novelistas iberoamericanos iban a consolidar los cauces de un nuevo realismo.⁵⁶

En una extensa nota a pie de página, sustentaba Aub su augurio en unos autores latinoamericanos que habían ido publicando novelas “no influenciados por las escuelas europeas del tiempo. V. gr., y por lo que a México respecta: Rafael Muñoz, Gregorio López y Fuentes, José Revueltas...”.⁵⁷ En esa nota anunciaba, pues, el ocaso del eurocentrismo literario-artístico y lo hacía sirviéndose de una teoría y una praxis estéticas latinoamericanas. La perspectiva crítica de Aub había incorporado esa otra dimensión, y su perspectiva ya no era, como antes de trasladarse a México, exclusivamente europea. Ahora, partiendo del discurso que dictara Jaime Torres Bodet en el acto de ingreso a la Academia Mexicana, Aub corroboraba su tesis de que Latinoamérica se había convertido en una alternativa literario-artística a Europa. Tras comentar que Torres Bodet había reconocido “con entereza su parte de culpa –expresada bajo palio parisiense y en olor deshumanizante

⁵⁶ *Ibid.*, p. 102.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 104-105.

a través de historias leves, graciosas y puras—”,⁵⁸ Aub reproducía las siguientes palabras del discurso del escritor mexicano:

Si los artistas de antaño se complacieron viendo cómo se convertía Dafne en laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y rígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.⁵⁹

Por ello, concluía Torres Bodet en su discurso que, entre otras cosas, se imponía

a las nuevas generaciones una tarea, cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia y el pensamiento...⁶⁰

Con el anuncio, avanzado por Torres Bodet, de que estaba en marcha un necesario cambio cultural y estético, cambio que pasaba por la emancipación del barroquismo español y del purismo francés, coincidía Juan Ramón, de quien Aub reproduce, también en

⁵⁸ *Ibid.*, p. 105.

⁵⁹ *Loc. cit.*

⁶⁰ *Loc. cit.*

Discurso de la novela española contemporánea, este fragmento de una carta que le había escrito a Enrique Díez-Canedo el 6 de agosto de 1943:

Desde estas Américas empecé a verme, y a ver a los demás, en los días de España; desde fuera y lejos en el mismo tiempo y el mismo espacio. Se produjo en mí un cambio profundo, algo parecido al que tuve cuando vine en 1916. Más que nunca necesitaba la expresión sencilla, en la que creo haber escrito lo menos deleznable de mi obra, que tantas veces se me ha complicado con ese vicio barroco que es la locura última de toda la literatura española, como el purismo es la tontería final de toda la francesa.⁶¹

De Mariano Azuela, a quien Aub tenía en la más alta consideración y estima, recordó, en *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, unos fragmentos de las palabras que el novelista mexicano pronunció cuando recibió, en enero de 1950, el Premio Nacional de Ciencias y Artes:

Si este galardón se me otorga por mi amor entrañable a las gentes y cosas de México, está justificado. En verdad yo no habría escrito ni una sola línea en materia literaria si desde mi juventud no me hubiera atraído con fuerza irresistible el deseo de producir algo acerca de nuestro país, algo que siempre

⁶¹ *Ibid.*, p. 106.

fue de mal tono escribir, particularmente en aquellos tiempos en que, incluso la literatura, todo lo importaban de Europa.⁶²

Una vez más se rompían lanzas en favor de la autonomía cultural y estética de Latinoamérica. Desde varios frentes, se reclamaba el derecho a transitar una vía propia. Y Aub se hacía eco de todo ello. Aunque, no es menos cierto, barría, siempre que podía, para España. Si tanto Torres Bodet como Azuela coincidían en andar de nuevo por la vía del realismo, se aprestaba Aub a señalar que esa vía desde siempre había sido la más original y auténtica manera castellana. Por eso, cuando Aub recuerda que Azuela había confesado, en su discurso de enero de 1950, que “los autores que influyeron en mis comienzos literarios, casi con exclusión de cualesquiera otros, fueron Honorato de Balzac, Emilio Zola, Flaubert, los Goncourt y Alfonso Daudet”,⁶³ lamenta que no citara “a escritores españoles que, si no le influyeron, coincidieron con él”, como

Baroja –que podía haber pronunciado el discurso anterior [de Azuela]–, por el espíritu pesimista y el estilo que en fondo y forma no deja a veces de traslucir su condición médica, y en segundo lugar y en su segunda época, la de Valle-Inclán, por lo recortado, agrio, desgarrado, popular del lenguaje hablado.⁶⁴

Aub puso especial cuidado en relacionar la novela de la Revolución Mexicana con la gran narrativa de otros países. Así, refiriéndose a las para él dos mejores novelas de la

⁶² Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana* (Fondo de Cultura Económica, México, 1969), pp. 34-35.

⁶³ *Ibid.*, pp. 36-37.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 37.

Revolución, *Los de abajo*, de Mariano Azuela, y *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, aseguraba no comprender que se las hubiera tachado, despectivamente, de

cronicones, comentarios, anécdotas y no novelas como si de todo ello no tuvieran *La comedia humana*, *Guerra y paz*, *Los Thibault*, *La montaña mágica*, *Manhattan Transfer*, las obras de Gorki, de Malraux, de Aragon, de Hemingway, de Faulkner, de Cholojov o de Pasternak, de Pavese o de Calvino.⁶⁵

En el exilio Aub descubrió el corpus de novelas que produjo la Revolución Mexicana. Desde un primer momento, esas novelas le fascinaron y les dedicó, a comienzos de la década de los sesenta, cuando ya llevaba unos veinte años en México, un extenso estudio del que, en 1969, publicó aproximadamente la segunda mitad bajo el título *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, y en 1974, la versión completa, titulada “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, que apareció incluida en el libro *Ensayos mexicanos*.

Como reza en la solapa de *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, esa monografía –lo cual es aplicable al ensayo “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”– es sobre todo, y no es poco,

un intento de interpretación y ordenación de los valores estéticos de este fenómeno que vino a denominarse, tardíamente, “novela de la Revolución Mexicana”. Este

⁶⁵ Max Aub, “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, en *Ensayos mexicanos*, p. 47.

acontecimiento social, el más extraordinario de nuestro tiempo inmediato, sustenta el ciclo literario que el autor repasa en este libro.

Renglón seguido se añadía, en ese texto de la solapa, un comentario, que es, por varios motivos, perfectamente aplicable tanto a *Guía de narradores de la Revolución Mexicana* y a “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, como al prólogo a *La prosa española del siglo XIX*, publicado en 1952, y al *Discurso de la novela española contemporánea*, publicado unos siete años antes:

La sociología de las formas literarias constituye hoy en día un verdadero campo de investigación interdisciplinario.

También prestó Aub atención, bajo parecido prisma, a la poesía mexicana, a la que no me referiré en este trabajo porque ese mismo tema lo trata James Valender en su participación en este coloquio. Por lo que atañe a la novela, cabe destacar que entre los diversos ensayos de Aub sobre la novela mexicana, la española y la europea de los siglos XIX y XX persisten unos lazos que se remontan a lo escrito en *Discurso de la novela española contemporánea*, ensayo de interpretación que, como ya he señalado, es inseparable, por su contenido e intención, de la declaración programática de la colección *Jornadas*. De esa declaración, a la que ya me he referido, destacaré ahora este pasaje donde se hace una apuesta –¿hay que remontar a esta declaración el proyecto editorial que recibió el nombre de Fondo de Cultura Económica?⁶⁶– por la ciencia social y el saber científico:

⁶⁶ El Fondo distribuyó durante muchos años los libros de Aub. El 6 de julio de 1955, *Diarios (1939-1972)*, p. 266, hacía esta anotación: “Orfila –director del Fondo– me hizo saber que no distribuirá más mis libros: son

Es un tópico que ha llegado ya a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad.⁶⁷

En esa misma declaración programática de *Jornadas*, tras constatar que “el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización”, se lanzaba esta advertencia:

Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física.⁶⁸

La crítica literaria de Aub, como la casi totalidad de su obra de creación, estuvo siempre, como es bien sabido, a mitad de camino entre la sociología, la economía y la

demasiados. Recurrí a Hermes (López Llansás, en Buenos Aires), no les interesa.” Y el 26 de diciembre de 1955, *Diarios (1939-1972)*, p. 269: “[N]i Losada, ni Calpe, ni Porrúa, ni nadie ha querido jamás publicar un solo libro mío. Sólo los de crítica. ¡Válgales Dios! Y ahora el Fondo que se niega siquiera a distribuirlos. Es decir, para quien no lo sepa, que pagando yo la edición se niega a repartirlos en las librerías. La verdad, que no se venden.”

⁶⁷ Cfr. *Discurso de la novela española contemporánea*, p. 1.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 1-2.

historia.⁶⁹ No concebía Aub que las formas literarias se pudieran explicar extramuros de esas dos disciplinas –de ahí, por ejemplo, la feroz pero justificada crítica que le hizo a Dámaso Alonso por el comentario que hiciera sobre la ruela en un poema de Villaespesa.⁷⁰ Las formas son –venía, en suma, a decir Aub– manifestaciones de las estructuras sociales e históricas y, en consecuencia, deben estudiarse de manera interdisciplinar. Que el *Discurso de la novela española contemporánea* hubiera aparecido en *Jornadas*, no es, pues –vuelvo a recordar–, en absoluto casual.

Tampoco lo es que, por esas mismas razones, hiciera los análisis que hizo sobre la novela española de los siglos XIX y XX, y que tuviera el interés que tuvo por la novela de la Revolución Mexicana; o que a la hora de preparar y presentar la antología *Poesía mexicana (1950-1960)*, se aprestara a declarar:

No intento, en estas notas, hablar de la poesía mexicana en sí, sino de cómo y por qué es como es y no de otra manera, de 1950 a 1960. Busco y doy algunas explicaciones primarias acerca de las condiciones sociales y políticas que la determinan, que ojalá sean tomadas por lo que son: mínima prueba de interés y amor.⁷¹

⁶⁹ En la anotación del 14 de diciembre de 1942, *Diarios (1939-1972)*, p. 97, escribía: “A las condiciones históricas, sociales y económicas suele la gente llamar azar. Si ahora, a las ocho y media del 14 de diciembre de 1942, pienso esto que escribo lo debo a estar en la ciudad de México, con un libro de Marx en la mano, con la necesidad de leerlo por el encargo que me han hecho de escribir estas páginas, encargo que he aceptado exclusivamente por razones crematísticas.

La guerra de España fue desencadenada por razones económicas y sociales, y aquí he venido a parar por ellas.

Todo decanta de ellas: ¿cómo escribir una historia del teatro sin referirse a ellas?”

⁷⁰ Cfr. “Carta abierta a Dámaso Alonso”, *Sala de Espera*, XXIII, pp. 1-23.

⁷¹ Max Aub, “Prólogo a *Poesía mexicana (1950-196)*”, en *Ensayos mexicanos*, p. 272.

En la crítica y en la praxis literarias de Aub hay, en suma, unos lazos muy estrechos que ponen de manifiesto una enorme dosis de coherencia entre su discurso estético y su discurso crítico e ideológico.

Aub, que calificó la novela de la Revolución Mexicana como “el hecho literario hispanoamericano más importante después del modernismo”,⁷² relacionó su aparición con las condiciones económicas que hacia 1913, tras un incipiente proceso de industrialización, hicieron posible en México los primeros brotes de protesta social. Dando una prueba más de que su crítica literaria tenía una marcada orientación sociológica, en su ensayo “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana” argumentaba lo siguiente:

Decir que la Revolución Mexicana refleja hambre de tierra de quienes la trabajan, es cierto, pero no suficiente. Verdad tan antigua y universal pierde valor ante los hechos porque sólo el proletariado, aún incipiente, fue el que pudo encauzar el movimiento.[...] El campesino no es revolucionario: no sabe cómo serlo; capaz de destruir no lo es de formar ejércitos ni gobiernos. Que la Revolución Mexicana tuvo alma campesina, lo dice el idioma: fue la *bola*. Pero la Constitución del 17 no la hicieron los campesinos sino hombres de derecho, militares y dirigentes obreros.⁷³

¿Estaría pensando también en la guerra de España? En “El cojo”, cuento publicado

⁷² Max Aub, “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, en *Ensayos mexicanos*, pp. 31-32.

⁷³ *Ibid.*, pp. 36-37.

en *Hora de España*, en mayo de 1938, había contado la historia de un campesino sumiso al que el Comité local de su aldea le ofrece unas tierras expropiadas al amo, que se había unido a los rebeldes. El campesino comprende entonces que defender la República era defender su tierra. Ignacio Soldevila dice:

No parece ajena esta historia al hecho de que, al comienzo de la guerra y debido a la decepción sufrida por tantos jornaleros sin tierra a los que se les prometió una reforma agraria y un reparto de tierras procedentes de la disolución de los grandes latifundios que nunca se llevaron a cabo, la República no solamente se ganó la inevitable enemistad de los grandes propietarios que se sintieron amenazados, sino la de tantos miles de campesinos desilusionados [...].⁷⁴

Vicens Vives, por su parte, presenta este cuadro del México de 1910, en el que no faltan semejanzas con la España de 1936:

Frente a los tres millones de peones ignorantes y sumidos en la miseria, 834 grandes hacendados eran los propietarios de la mayoría del territorio nacional, mientras el capital industrial y financiero quedaba en manos extranjeras. Por último, durante el gobierno de Porfirio Díaz se desencadenó un caciquismo agresivo, con una evidente falta de libertad individual, más apreciable conforme

⁷⁴ Ignacio Soldevila Durante, *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub* (Fundación Max Aub, Segorbe, 1999), p. 107.

más pequeño era el centro de población y más adentrado en el medio rural.⁷⁵

Aub también llegó, en más de una ocasión, a establecer paralelismos entre la historia de México y la de España. Sirva de muestra este pasaje, que tomo de “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”:

Las historias de México y España son, de 1810 a 1939, con diferencias de pocas décadas, bastante parecidas. Durante los primeros años del siglo XIX, 1808 y 1810 señalan fechas importantes para la independencia de ambos países, la victoria española en México y la de Fernando VII en España corresponden en sus tristes resultados: la reacción vencedora en la segunda década; 1820 y 1821 señalan también sucesos importantes: Iturbide y la Independencia, y en España uno de los primeros bienios liberales. Después empiezan las guerras civiles en ambos países. Arribarán al poder, más o menos emparejados, Isabel II y Santa Anna, Juárez y Espartero; vistos a ojo de pájaro, a ojo de Dios, si no corresponden en el tiempo tampoco están separados por siglos 1857 y 1898: la pérdida de un tercio del territorio de México y la de las últimas colonias españolas, ambas a manos de Norteamérica. Casi simultáneas fueron la Desamortización española y las Leyes de Reforma en México. La primera Revolución Española corresponde casi exactamente con el Imperio de Maximiliano, y como consecuencia serán paralelas la Restauración española y la dictadura de Porfirio Díaz: treinta años de paz donde lleva una ligera ventaja

⁷⁵ Jaime Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, V, 4ª ed. (Vicens-Bolsillo, Barcelona, 1982), p. 495.

España, otorgando mayor libertad. Las “semana y decena trágicas” son casi de la misma fecha. 1917 verá la Constitución de Querétaro y la huelga revolucionaria española; la primera, señal de victoria, la segunda, de vencimiento. La gran diferencia vendrá más tarde ya que México hizo su revolución y España no, y será precisamente en 1939, cuando México se alza ya resueltamente sobre sus tierras cuando España le envía un numeroso grupo de intelectuales vencidos que colaborarán en una industrialización que sólo empezará veinte años más tarde en la península.⁷⁶

Los paralelismos, situado Aub entre la orilla americana/mexicana y la europea/española, alcanzan a esas y a otras muchas cuestiones, como las relacionadas con las concomitancias que había entre el lenguaje de algunos autores mexicanos y el de su propia novelística.

Así, lo que dice del estilo de la narrativa mexicana es perfectamente aplicable a su propia concepción del estilo. Prueba de ello es que en las novelas de *El Laberinto Mágico* se puede rastrear la progresiva superación del barroquismo expresivo de *Campo cerrado*, el primer *Campo* de la serie. Gracias a esa superación, lo que importaba contar –el tema, los hechos– desplazará el excesivo énfasis que en *Campo cerrado* puso en ciertos aspectos de la forma literaria, a los que Aub les da, partiendo de su experiencia de lector de la narrativa de la Revolución Mexicana, un sentido peyorativo:

⁷⁶ Max Aub, “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, en *Ensayos mexicanos*, pp. 64-65.

El estilo de la narrativa de la Revolución no se perderá en perifollos, arcaísmos ni circunvoluciones y será, dentro de lo escueto, extremadamente variado; cada autor se dejará llevar instintivamente por su manera de contar las cosas. No hay pues un estilo sino tantos como autores. La unidad es del tema; las diferencias, de la posición del autor frente a lo que vive u oye aunque la calidad dependerá, como en cualquier otro caso, de la condición, de las prendas de escritor del mismo. Es decir, que un mismo suceso podrá ser contado por distintas personas sin que importe: lo que contará será la manera. Hay aquí una contradicción sólo aparente que no se dará en autores de sus mismos años que se dediquen exclusivamente a la “literatura”, donde una manera de decir bastante uniforme privará sobre el tema.

Este desinterés por el estilo, este estar atado a los hechos de la Revolución, a la vida misma del país, dará como resultado el que los cuentistas y novelistas “de la Revolución” interesen más en el extranjero que otros de valía estilística evidentemente superior, pero cuyos temas, más universales, son tratados por otros en idiomas de mayor resonancia.⁷⁷

Me he propuesto estudiar, en algún momento, lo que se me ha ocurrido llamar la “poesía de la prosa” de *El Laberinto Mágico*, una poesía que cuenta con muchos antecedentes –otra concomitancia más– en la novela de la Revolución Mexicana. Esa poesía tiene una razón de ser y una función muy específicas porque Aub no habló nunca, cuando hizo referencia a esta cuestión, de “una transfiguración poética de la realidad”, que

⁷⁷ *Ibid.*, p. 45.

no encontraba en la novela de la Revolución Mexicana, ni se encuentra en las novelas de *El Laberinto*, sino de que la poesía –y la hay en todo lo auténtico– surge de la realidad misma.”⁷⁸ A este respecto, abundan también los paralelismo entre las novelas de Aub y las de la Revolución Mexicana. Voy a poner como ejemplo de ello el final de *Campo de sangre*:

Por la noche, en la plaza de Cataluña, la luna ilumina el enorme penacho de la gasolina que sigue ardiendo en las faldas del Montjuich y medio cubre la ciudad. La otra mitad del cielo, limpia y brillante, ve el estallar de los obuses persiguiendo los bombarderos enemigos, bajo el ojo eterno de la noche. Las casas, jaharradas de luna, cobran un color de esqueleto; los orificios más negros.

Recostados en la pared de una esquina, viendo el prodigioso espectáculo trágico, Templado dice a Cuartero señalando con la cabeza el cielo de donde baja la muerte.

–La poesía.

Un súbito silencio subraya la afirmación. Cuartero se estremece.⁷⁹

En las apenas humeantes ascuas de la Revolución Mexicana había hecho también Mariano Azuela que aparecieran destellos poéticos:

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 53-54.

⁷⁹ Max Aub, *Campo de sangre*, 2ª ed. (Alfaguara, Madrid, 1981) pp. 493-494. En *Diarios (1939-1972)*, p. 291, decía: “Para mí la poesía es la relación del hombre con la muerte.[...] Entendámonos: la poesía es la relación del hombre con la muerte, en la vida y en las letras. De ahí mi preferencia gregaria por Manrique, Quevedo, Machado, lo popular.”

Para que no le viera los ojos, Camila los levantó hacia el azul del cielo. Una hoja seca se desprendió de las alturas del tajo y, balanceándose en el aire lentamente, cayó como mariposita muerta a sus pies. Se inclinó y la tomó en sus dedos. Luego, sin mirarlo a la cara, susurró:

–¡Ay, curro... si vieras qué feo siento que tú me digas eso!... Si yo a ti es al que quero... pero a ti no más... Vete, curro; vete, que no sé por qué me da tanta vergüenza... ¡Vete, vete!...

Y tiró la hoja desmenuzada entre sus dedos angustiosos y se cubrió la cara con la punta de su delantal.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Luis Cervantes había desaparecido.

Ella siguió la vereda del arroyo. El agua parecía espolvoreada de finísimo carmín; en sus ondas se removían un cielo de colores y los picachos mitad luz y mitad sombra. Miríadas de insectos luminosos parpadeaban en un remanso. Y en el fondo de guijas lavadas se reprodujo con su blusa amarilla de cintas verdes, sus enaguas blancas sin almidonar, lamida la cabeza y estiradas las cejas y la frente; tal como se había ataviado para gustar a Luis.

Y rompió a llorar.⁸⁰

Mariano Azuela era, sin la menor duda, el novelista de la Revolución Mexicana por quien Aub mayor admiración había sentido y con quien más se había identificado. Recordaba Aub en “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana” que en una ocasión le dijo don Mariano: “Escribí lo que vi, sin tomar partido.”⁸¹ Ese fue el

⁸⁰ Mariano Azuela, *Los de abajo*, ed. Jorge Ruffinelli (UNESCO, París, 1988), p. 46.

⁸¹ Max Aub, “De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana”, en *Ensayos mexicanos*, p. 93.

principal propósito que, por encima de algunas de las consideraciones que vengo haciendo, quiso Aub llevar a cabo en su obra de escritor-testigo.

Pero esa identificación con Mariano Azuela y con la novela de la Revolución Mexicana, y en general con México, no se explica solamente por razones literarias, siendo, como sin duda son, muy importantes. Esa identificación tenía otras claves más. Una de ellas, que prendió con fuerza en el imaginario ideológico de Aub como en el de la inmensa mayoría de exiliados republicanos, la daba José Gaos, en “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, donde, al tiempo que reconstruyó el clima político e intelectual de la presidencia cardenista, decía que “la lucha de la Revolución [Mexicana] y de la República” fue “esencialmente una lucha política y cultural contra un pasado común...”⁸²

A ese pasado común hacía referencia Carlos Fuentes cuando en “La *Ilíada* descalza”, nota recogida en la edición de *Los de abajo* publicada por la UNESCO, aplicando a México y a la América de habla hispana los planteamientos desarrollados por Max Weber en “Las formas de dominación tradicional”, llegaba a la conclusión de que la conquista obligó a la América española a tener que

aceptar lo que la modernidad europea juzga intolerable: el privilegio como norma, la iglesia militante, el oropel insolente y el uso privado de los poderes y recursos públicos.⁸³

⁸² José Gaos, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, *Revista de Occidente*, 4 (1966), pp. 171-172.

⁸³ Carlos Fuentes, “La *Ilíada* descalza”, en Mariano Azuela, *Los de abajo*, p. XIX.

Es más que probable que Aub, inmediatamente después de su llegada a México o a los pocos años de su llegada, estuviera en condiciones de comprender lo ajustadas que estaban a la realidad las palabras de Carlos Fuentes. Pero, de un modo u otro, para entender el alcance de esas palabras y lo que en ellas había de quiebra profunda con la concepción mítica de España que se llevó consigo al salir de España en 1939, tuvo que vivir muchos años exiliado.

La distancia enseña mucho a quienes, condenados a vivir en otros suelos, son capaces de comprender que ellos, no los que les dan albergue, son diferentes. Abandonado el centro del mundo en que solemos convertir nuestros lugares nativos, todo debe ser cuestionado. Todo, hasta que exista un centro.

Y así, el exilio, el mayor y más humillante castigo, se trueca en el cronotopo por excelencia de la madurez.

Por lo que atañe a Aub, cabe concluir que, instalado en el cronotopo del exilio, experimentó unos cambios tan profundos que, poco a poco y acaso sin darse cuenta –como suele ocurrir–, se fue metamorfoseando en lo que para él, y para tantos exiliados, era el “otro”; y empezó a ver y entender la realidad desde el “otro” que ya era –o casi era– él.

No hay que descartar que, cuando a finales de los años sesenta tuvo la posibilidad de volver a España y escribió *La gallina ciega*, su virulenta y, a mi parecer, muy objetiva reacción contra la España que entonces descubrió, se debió a que comprobó entonces que quienes derrotaron a la República se encargaron de mantener y hasta avivar ese pasado que, en palabras de Carlos Fuentes, “la modernidad europea juzga intolerable”.

Max Aub como crítico de la generación “Nepantla”

Arturo Souto Alabarce

Universidad Nacional Autónoma de México

El solo nombre de Max Aub evoca en mí un cúmulo, no ya de recuerdos, sino de presencias constantes. En casa de Max Aub conocí a Matilde Mantecón, que sería más tarde mi esposa. Fue una tarde en el departamento que tenía el novelista, ubicado en el Paseo de la Reforma frente al monumento a Colón. Allí reunía los sábados a un grupo de jóvenes escritores que en esa época –mediados del siglo XX– habían empezado a publicar sus obras y unas primeras revistas más o menos efímeras. Max Aub, atento a todo lo que fuera literatura o pintura, y en esto muy parisino, nunca se mantuvo a distancia de los jóvenes que, como el mismo escribió, comienzan a “farfullar”. Pocos como él han tenido conciencia de su oficio con mayor pasión. Entre todos los muy variados y algunos sorprendentes trabajos que los intelectuales transterrados debieron hacer a su llegada a América, me atrevo a pensar que ninguno fue más puro, fiel, constante a su vocación de escritor. Max Aub se dedicó a escribir, a escribir, a escribir sobre todo y a todas horas. Poesía, teatro, cuento, novela, ensayo, crítica, historia literaria. Pero lo que tantas veces se ha subrayado, su fecundidad, no es lo importante. Lo verdaderamente significativo, lo que va quedando, cada vez más señero y notable, es su obra como novelista, y mejor sería decir: muralista de la guerra de España y del exilio en América; exilio, por cierto, que es a la vez espejo de las grandes crisis humanas del siglo que ahora, tempranamente, se ha dado en llamar pasado. Tanto escribió Max Aub que su fecundidad, en aquellos tiempos singularmente inesperada, llegó a ser objeto de burlas e ironías inmerecidas. Con esto, el mundillo literario no demostró sino ignorancia y con frecuencia envidia. A Max Aub no le quedó sino un *modus*

vivendi: escribir; y esto, en el México de los años cuarenta, parecía cosa de encantamiento o milagro. Hubo, creo yo, entre los escritores desterrados un mosaico caótico de grupos, revistas, idiomas, partidos, tendencias, opiniones y generaciones distintas en gran parte. So capa de un antifranquismo común, los españoles, una vez más, se fragmentaban en un disparadero de ideas y obsesiones opuestas. Parece razonable pensar que las fuerzas centrífugas son la maldición de los pueblos hispánicos. El exilio no fue excepción, pero sí ejemplo. Hoy, con la lejanía del tiempo, se tiende a olvidar, a escamotear el hecho de que, durante muchos años, hubo aquí antagonismos irreconciliables, odios y resentimientos profundos, divisiones tajantes que, a la española, no toleraban medias tintas. Dentro de la guerra civil existió otra más pequeña y no menos dura guerra civil. Y en el exilio, muchos exilios. Hubo, sí, acentos, lenguas diferentes; ritmos, tonos diversos; y asimismo clases, castas y muy distintos modos de vivir, y de sentir y pensar. Y de todo ello ha sido Max Aub el gran novelista que, sin condenar, ha hecho todo lo posible por explicárselo. Su *Laberinto mágico* es por eso un ciclo novelesco de excepcional calidad literaria e histórica.

Quiero poner énfasis en el hecho de que Max Aub, escritor inagotable, metido siempre en lo suyo, su mundo de libros y lecturas, sus archivos perfectamente ordenados de donde podía sacar de todo –cuentos, reseñas, conferencias– fue también, raro entre muchos, un escritor que leía a los demás escritores. Escribir ante todo, pero también leer, asistir a las exposiciones de pintura y, como cosa casi insólita, y particularmente en ese mundillo de conflictos y polémicas interminables, escuchar a los jóvenes. Es decir, no mantenerse a desdeñosa distancia, no “ningunearlos”, sino al revés: conversar con ellos en el mismo plano, decirles, y a veces rudamente, lo que pensaba de sus poemas o cuentos, contarles con detalle de sus propias experiencias y aclararles el contexto, el clima donde se incuban las expresiones propias. Tenía, sin duda, la enorme ventaja de los años y el hecho de haber

vivido con gran intensidad los sucesos que narran sus libros, las ideas que en ellos campean. Estaba Max Aub en correspondencia con sus compañeros de oficio. Mientras que en el destierro, y en especial los primeros años, hubo una incomunicación casi completa con los escritores que se habían quedado en España, sufriendo todos los rigores de la dictadura, Max se escribía con los viejos amigos, se ocupaba de leer sus libros, se mantenía alerta y esperanzado. Recuerdo bien la tarde en que Max Aub nos invitó a unos cuantos jóvenes de los que se agrupan ahora bajo el término de “nepantla” (Manuel Durán, Jomi García Ascot, Tomás Segovia, Roberto Ruiz) a su departamento, más bien estudio, a presentarnos con Dámaso Alonso que estaba de visita en México. Fue un encuentro absurdo, casi grotescamente memorable. Al preguntar por nuestros nombres, a Dámaso Alonso no se le ocurrió otra cosa que decirnos “¡Ah, Manuel Durán, hijo de Durán,...!” y así uno por uno, recordándose de quienes éramos hijos. Max Aub, sereno y en el fondo desconcertado, fumaba su pipa en silencio mientras se iba desarrollando la escena cómica. Es indudable que teníamos mucho que decirnos, pero la verdad es que nunca supimos, ni Dámaso Alonso ni nosotros, cómo cruzar el tajo que nos tenía divididos. Si llegamos a entendernos fue por la erosión del tiempo y no por una reconciliación que todavía no se daba.

Max Aub, siempre curioso, apasionado e infatigable, fue de los primeros escritores transterrados en interesarse por el grupo de los entonces jóvenes que con buen tino puede llamarse “nepantla”. Su actitud se resume en el ensayo titulado “Una nueva generación.” La ocasión, presentar a Roberto Ruiz, narrador por quien sentía predilección, en el Ateneo Español de México. La fecha: enero de 1950. A más de medio siglo, intentaré bosquejar algunas notas al margen de aquellas palabras. Ante todo, recordar que fueron dichas con buena intención y enérgica sinceridad. Nada de elogios retóricos ni paráfrasis amables. Por

lo contrario: fue una presentación dura y sobria. Tan escueta que de sus tres o cuatro páginas, al joven novelista no le tocaron sino dos párrafos finales. Un ejemplo y pretexto para hablar de los que por esos años habían publicado las revistas *Clavileño*, *Presencia* y *Hoja*. Otras, más precisas y elocuentes, vendrían después. Así como muchos libros individuales: poesía, cuento, novela, ensayo. Expresiones, algunas muy notables y supongo bien conocidas, de una promoción literaria que por diversas circunstancias no tenía mucho espacio donde hacerse escuchar. Lo que pueda valer deben ponderarlo sus lectores, pero no es éste el momento oportuno para referirme a ello. Me limitaré a señalar y comentar brevemente los rasgos del perfil colectivo que, según Max Aub, caracterizan lo que definió como “una nueva generación”.

Si partimos del supuesto de que “Quien dijo que somos de allí donde estudiamos el bachillerato enunció una gran verdad”, es un hecho, en efecto, que el grupo “nepantla”, es decir, los hijos de los exiliados españoles en México, pasaron por diferentes colegios y ambientes: España, Francia, México, Casablanca, Santo Domingo, Estados Unidos. Esto da diversidad a sus formaciones; diversidad que implica, por un lado, una más ancha perspectiva y, por otro, una dudosa ambigüedad. Y me permito comentar aquí: Max Aub enfatiza la segunda más que la primera. Verdad es que nada fácil resulta clasificar a estos escritores, pero ¿a qué insistir en el afán aristotélico de sistematizarlo todo? ¿No hay suficientes ejemplos en el mundo de lo indefinido, de lo proteico, de lo mixto? Nada claro resulta ya el esquema taxonómico. Si en los datos el crítico es justo, no lo es en cuanto al tono, el matiz afectivo en el que creo reconocer un reflejo de su propia posición. Todavía hoy, en un reciente y monumental catálogo de su vida y obra, *El universo de Max Aub* (2003), abundan alusiones insoslayables a su mayor o menor adopción española, a su cosmopolitismo, a las coordenadas que desde Alemania o Francia hasta Valencia o México,

pasando por la legendaria de “judío errante”, pretenden fijarlo y rotularlo como a una mariposa. No, las cosas son demasiado complejas para encasillarlas. Un ejemplo clarísimo de individualidad humana es precisamente Max Aub, para mí el más fiel, sustancioso y consistente novelista del exilio español.

En su breve conferencia dada en el nuevo y viejo Ateneo de la calle Morelos, derruido casi entero por el terremoto del 85, salvo la decrepita escalera de madera, especie de trágica ironía, el escritor enumeró con muy generoso detalle a los integrantes de lo que consideró una nueva generación: Rius, Espinasa, García Ascot, Blanco, Durán, Xirau, Tomás y Rafael Segovia; es decir, casi todos sus integrantes, incluyendo, desde luego, a Roberto Ruiz. Entre ellos, Alberto Gironella, entrañable compañero mexicano a quien en esos días muchos creían ser español. Poetas muchos –cosa que habrá de explicarse– de los que en su plática dio algunas citas que en cierto modo corroboran sus ideas acerca de los “nepantla”. Sin entrar en pormenores y yendo derecho a una certera caracterización, comenzó por decir: “Cogidos entre dos mundos, sin tierra firme bajo sus pies, influenciados por un movimiento filosófico irracionalista, con una España de segunda mano, no acaban de abrir los ojos a la realidad. Esa misma vaga disparidad hace que su posición política sea inestable.” Es obvio que se trata de una primera y muy rápida caracterización colectiva y como tal hay que verla ahora, y es obvio también que en 1950 no les cayó muy en gracia a los aludidos que la escucharon. Y a pesar de ello, con el tiempo, algunos fuimos entendiendo que Max Aub, en 1950 y a *grosso modo*, dijo con toda franqueza lo que pensaba, y no pensaba mal. Desde su perspectiva, estos hijos de exiliados, la segunda generación, como a veces se llama, fronteriza, hispanomexicana o “nepantla”, sorprendía por su aparente indiferencia política. Le parecían a Max Aub y a muchos escritores transterrados un extraño retoño, sorpresivo y muy distinto al que podrían esperar. Dice, por

ejemplo: “Estos jóvenes lo ven todo negro por la moda; flacos, templados, desfallecidos, acobardados”. Calificativos fuertes, sin duda, pero que deben explicarse según el contexto en el que se dijeron. En 1950 faltaban veinticinco años para que acabara (si es que acabó) la pesadilla franquista. Se iniciaba de inmediato otra más larga aún: la guerra fría. Sí, en efecto, no le faltaban razones a Max Aub, formado en la candente fermentación de las vanguardias, en los ideales de una juventud revolucionaria en todos los planos, para asombrarse de una generación que entraba en la república de las letras ensimismada, calladamente. En cierta ocasión, a propósito de unos poemas de Inocencio Burgós, pintor y poeta, el único bohemio rezagado en las tertulias de la época, me dijo Max Aub que le asombraba encontrarse de nuevo con un prerromántico del siglo XVIII a mediados del veinte. Esto es, toparse con algo así como las *Noches lúgubres*, de Cadalso. Y no resulta absurdo. Abundan en los libros de aquellos años, la melancolía, las nostalgias indefinibles, la angustia que no se nombra y sin embargo está presente no ya en las palabras, sino en el tono y en el ritmo. Pesimistas, sin duda; “terriblemente respetuosos”, los llama Max Aub. Y me permito comentar que tiene razones, vistas claro está en su tiempo, pues todos ellos habrían de madurar, transformarse, y creo que para bien. Razones, argumentos, sí, pero no una explicación cabal. Y esto ocurre porque, habiendo llevado a cabo una especie de diagnóstico apresurado, no se detiene a buscar las causas, los orígenes. Les falta empuje, dice, *empenta* al decir de los catalanes. “¡Qué caramba!, a pesar de lo que dicen los periódicos, todavía sale el sol cada día, a la hora convenida”, recuerda el escritor, una vez más lleno de entusiasmo, ese entusiasmo demoníaco que debe enardecer a los poetas. No dispongo ahora de pruebas para contradecirlo, pero sí me permito anotar algunas condiciones dignas de tomarse en cuenta. Por lo pronto, hay generaciones revolucionarias y generaciones acumulativas. Los “nepantla”, en efecto, entre dos mundos, dos tierras, dos

tiempos, pueden situarse en lo que Paz, refiriéndose al joven Manuel Durán, llegó a nombrar “limbo”. Tal vez. En lo que Max Aub yerra es en los orígenes de ese imaginario limbo. Parece escamotearlos, cosa rara en él, casi siempre directo. No son afrancesados, como creía, tachando de paso como artificiales nada menos a Racine y Sartre; no son tampoco existencialistas de la *rive gauche*. Es cierto que a mediados de lo que ahora es siglo pasado, hubo sin duda una “moda” existencialista en filosofía, novela, cine, con fuertes alcances en la Universidad, concretamente en Filosofía y Letras, donde se reunían aquellos nuevos escritores; es cierto que a los nuevos poetas tanto les repelía el comunismo como el capitalismo, pero en lo que yerra el juicio crítico es en no subrayar una nueva circunstancia muy evidente. Y a mi modo de ver el ensayo, de Max Aub, omite dos hechos básicos. Que la supuesta segunda generación de exiliados en primer lugar no es exiliada. La guerra civil les fue dada en su infancia y adolescencia como un destino fatal. No hubo en ellos voluntad ni elección. El exilio, como ha escrito certeramente Tomás Segovia, ha sido una condición de vida. Vivieron la guerra o más bien las guerras, en el espejo y en el escarmiento de sus mayores, es decir, en el mismo Max Aub, por ejemplo. Mucho va de *Sala de Espera* a sus escritos posteriores. La desilusión, el escarmiento, fueron las primeras lecciones aprendidas. Recuérdese, a esta hora de rescates y homenajes, que la guerra de España se prolongó en el destierro, diez, quince, veinte años, con todas sus contriciones, balances, recriminaciones y rectificaciones. El propio Max Aub fue más de una vez objeto de aquellos derrumbes. Quiero añadir, además, que la nueva generación se formó, nació al mundo literario, en México y por lo tanto en otro espacio y tiempo. Max Aub mismo vive más de la mitad de su vida consciente en México, qué decir de los “nepantla”, cosa en la que habrá de insistir en otra ocasión. Y el estar entre dos mundos, en el fondo dos tiempos, condiciona, a la vez, incertidumbre y certeza.

Muchas gracias

México, 28 de octubre, 2003